

ALGUNOS DATOS SOBRE AVES DEL PARAGUAY

POR

CARLOS FIEBRIG

(ASUNCION - PARAGUAY)



Fig. 1. — Mimetismo del Urutáu (*Nyctibius gri-seus*). Reducido a $\frac{1}{4}$.

Al honroso pedido que, hace años, me hizo el Dr. Dabbene, respecto de una colaboración para EL HORNERO, no me ha sido posible, acceder hasta ahora, por el hecho de que, no habiéndome dedicado especialmente a la ornitología, no tenía ninguna nota de cierta importancia sobre las aves, para su publicación. Y si hoy le envío estos modestísimos apuntes biológicos, lo hago basándome sobre algunas observaciones ocasionales y especialmente sobre unos ejemplares preparados en nuestro Museo de reciente formación (1914).

Considerando su superficie relativamente reducida, existen quizás pocos países en donde, como en el Paraguay, las varias faunas ornitológicas se presenten tan netamente divididas en sus caracteres ecológicos y tan estrechamente relacionadas con las formaciones geológicas y botánicas del Territorio. De allí, que fácilmente podremos distinguir unas faunas acuática, de bosques y de campos, reunidas a veces sobre una área limitada, agregándose además las especies que se asocian a la vida del hombre, siguiéndolo como las plantas rurales y los yuyos, en todas partes donde se establece.

El paisaje de aspecto de parque que ofrece el Paraguay en la mayor parte de su extensión, está caracterizado por la variabilidad del aspecto de la vegetación y está relacionado con el desarrollo de la región boscosa la que predomina. Como familias típicas de aves de esta última región se pueden señalar los Formicáridos, Dendrocoláptidos, ⁽¹⁾ Cotíngidos, Pípridos, Tanágridos e Ictéridos. Estas aves son todas tan afectas a la vida arbórea que raras veces bajan al suelo, pues buscan y encuentran en las plantas su alimento, el que consiste en



Fig. 2. — Perdiz del monte (*Cryturus tataupa*) con pichones.

insectos, frutas y semillas. Algunas de ellas son exclusivamente insectívoras como las dos primeras, mientras que otros como los Pípridos y Cotíngidos se alimentan de frutas. Y mientras que entre los Dendrocoláptidos, el hornero construye con varios kilos de barro su «oga-rayty» (del guaraní «oga-casa, ray-hijo, ty-nido») o sea «mi nido es mi casa», o como dice el inglés, «my home is my castle»; ⁽²⁾ y el leñatero (*Anumbius*) construye también su nido-casa, de mayor peso aun y con gajos espinosos; un ictérido (*Cacicus*) emplea el obscuro micelio rizomorfo de *Agaricus mollens*, pegado a los troncos para fabricar con las hifas, su nido en forma de bolsa, la que parece hecha con crines de caballo.

A pesar de la concordancia de la sistemática con la biología, existen a veces excepciones notables en lo referente a nidificación y alimentación entre los miembros de una misma familia. Así, por ejemplo, tenemos la instalación subterránea del nido del Pájaro Toro (*Pyroderus scutatus*), con lo que esta ave se aparta completamente de los hábitos de sus congéneres de la familia de los Cotíngidos, los que no abandonan los árboles en donde viven y nidifican. Del mismo modo

(1) Solamente de estas dos familias, Bertoni enumera en su Catálogo, 71 especies (A. de W. Bertoni, *Fauna Paraguaya*, ex Moisés S. Bertoni (Helvetius). *Descripción Física y Económica del Paraguay*).

(2) Por los muchos intrusos que con frecuencia suele albergar el hospitalario hornero, aquí llamado «Alonso», como la calandria (*Mimus modulador*), el tordo (*Molothrus bonariensis*), y cuyos huevos son incubados por nuestro incansable hornero, los paraguayos suelen llamar «hijo de Alonso», al hijo natural que vive en casa de su padre adoptivo.

comprobamos estas diferencias de costumbres en los estrigimorfos Caprimúlgidos, los que no obstante ser de vasta distribución, figuran entre los representantes típicos de estas regiones subtropicales y cuyo canto nocturno es de lo más impresionante que se oye en las selvas paraguayas. Por esto no es nada extraño que el «Urutáu» por su voz melancólica haya fascinado el alma de los indígenas relacionándolo con una poesía muy trágica.

Es característica del «Urutáu» (*Nyctibius griseus*), como de todos los caprimúlgidos, una coloración abigarrada en la que sobre un fondo oscuro se observan un gran número de manchas, puntos y rayas de colores apagados como gris, plomo, pardusco, etc., coloración que está en armonía con el tinte de los objetos que lo rodean, contribuyendo este mimetismo en alto grado a la conservación de estas especies.

Para hacer más eficaz aún esta protección natural dichas aves acostumbran durante el día conservar en el descanso una absoluta inmovilidad de modo que fácilmente se ocultan a la vista de sus enemigos. Estas condiciones, las aprovecha el «Urutáu», también durante la incubación, pues muy frecuentemente su nido



Fig. 3. — Surucúa joven (*Trogon surucua*). Reducido a 1/3.

está ubicado sobre la extremidad de un tronco delgado y seco elegido de preferencia entre los que han sido partidos oblicuamente, como a menudo sucede por causa del viento durante una tormenta.

Cerca de la extremidad quebrada de esos troncos, nuestra ave, elije, aprovechando cualquier pequeño hoyo en la madera, un lugar para depositar su huevo y durante la incubación mantiene su cuerpo pegado al tronco en una postura que viene a simular perfectamente, debido a su coloración, como una prolongación del tronco quebrado.

En esta posición, el ave, con la cabeza encogida, los ojos medio cerrados conserva una absoluta inmovilidad de modo que fácilmente pasa desapercibida a la vista de sus enemigos.

Solo de vez en cuando abandona su improvisado nido para una corta excursión en busca de alimento y pronto vuelve a su sitio acomodándose en la misma postura protectriz a la vez de si mismo y del huevo. La fotografía (fig. 1) que acompaña estas notas ha sido tomada de una preparación que existe en nuestro Museo, hecha por el Sr. A. Merkle, hoy taxidermista en el Museo de La Plata, y representa un Urutáu incubando su huevo. En esta preparación se ha copiado fielmente la postura que conservaba el ave cuando ha sido capturada.

Otra especie de caprimúlgido habitante de los bosques, el *Lurocalis Nattereri*, aprovecha también de la coloración de su plumaje, para disimular su presencia. Esta especie no nidifica en los árboles, como la anterior, y sin mayor preparación de un nido, pone sus huevos en el suelo y allí los incuba con relativa seguridad, pues a causa del color de su plumaje, se confunde por completo con las hojas secas que se encuentran a su alrededor y que tapizan el suelo del bosque. Si alguien se acerca demasiado, viéndose descubierta, se levanta rá-

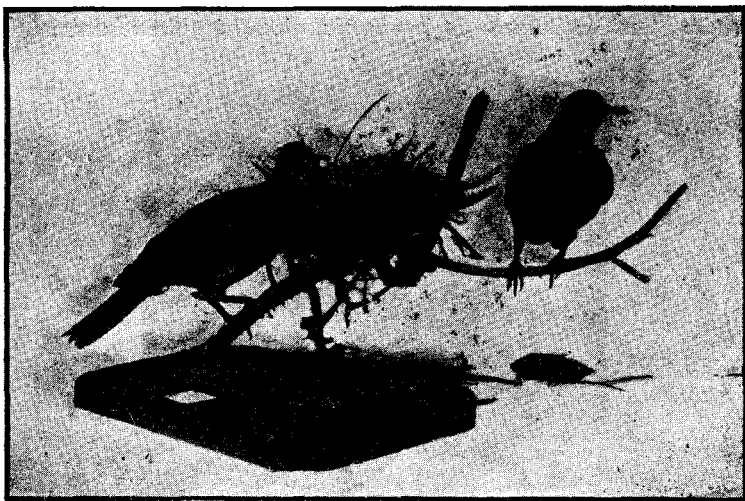


Fig. 4. — Paloma del monte (*Leptoptila chloroauचना*) con su nido.

pidamente y extendiendo las alas corre saltando en torno del lugar del nido asumiendo una actitud agresiva contra el intruso, mientras que con sus movimientos y posturas recuerda a ciertas especies de rapaces nocturnas.

Pasando a otros grupos de aves características también de nuestros bosques, señalaremos las especies de dos familias que representan en el continente americano a los Fasiánidos y a los Tetraónidos del viejo mundo; tan parecidas a estas que hasta se las bautizó con los nombres vulgares homólogos de perdices y pavos (*Nothura* y *Crax*), pertenecientes respectivamente a los Criptúridos y Crácidos. Mientras que los primeros son esencialmente geófilos, no apartándose del suelo, como las perdices europeas, sino cuando están perseguidos; los segundos se distinguen como los faisanes por su plumaje vistoso y a diferencia de los Criptúridos hacen vida arborícola.

En nuestro Museo se ha preparado recientemente un pequeño grupo de Criptúridos compuesto de los padres adultos rodeados de sus crías. (fig. 2). En estas aves llama la atención el tarso robusto y la disposición de los dedos, tres anteriores bien desarrollados y el posterior muy pequeño y situado más arriba del nivel de los otros, conformación ésta, característica de las aves ca-

minadoras. En nuestros ejemplares, el macho, tiene un tarso algo más robusto de color moreno con matices violáceos, mientras que en la hembra es de un rojo subido. La coloración general del plumaje tiene, en los adultos, alguna analogía con la de ciertas especies de palomas, especialmente en el pecho y dorso, y es casi uniforme, mientras que en los pichones la coloración tiende a ser aperdizada. Comparando el plumaje de los Criptúridos que habitan los bosques con los de las especies que viven en los campos abiertos como las perdices (*Nothura*, *Rhynchotus*, etc.), se observa también aquí la mano protectora de la naturaleza que vistió a los primeros de colores sombríos que se confunden con el fondo oscuro de las selvas en la que viven, mientras que los segundos por su plumaje abigarrado difícilmente se distinguen entre las pajas que cubren los campos que habitan.

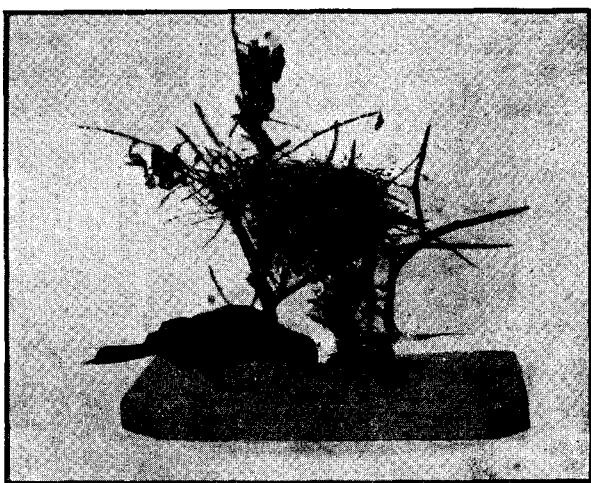


Fig. 5. — Palomita (*Chamaepelia talpacoti*) con su nido.

Otros tipos característicos de la región de los bosques son las especies de los géneros *Bucco* y *Galbula*, bastante distintos morfológicamente, siendo los Bucconidos de abultada cabeza y pico macizo, mientras que los Galbúlidos tienen pico largo y delgado y por los reflejos metálicos del plumaje recuerdan a los pica-flores. Ambas habitan los bosques y son insectívoras. A estos dos tipos de trepadoras se asocia otro de aspecto muy distinto, los Ranfástidos o tucanes de enorme pico y vistosos colores como los Psittácidos y con algunos de estos tienen además cierto parecido en lo referente a las costumbres y nidificación.

Citaremos también los Trogónidos o surucúas que por sus hermosos colores recuerdan a las aves del paraíso; por lo que los guatemaltecos eligieron al quetzal (*Pharomacrus mocinno*) para su escudo nacional y prohibieron su caza por medio de una ley severa.

Aunque nuestras especies no igualen a esta en esplendor, los surucúas, como llaman los guaraníes a estas aves, deben ser enumeradas entre las aves de más bello plumaje, pues, si bien existen en nuestra avifauna otras aves de vivos colores, ninguna, exceptuando tal vez los picaflores, se distingue por matices tan finos y resplandecientes.

Habíamos podido conseguir un pichón de *Trogon surucura* (fig. 3). El plumaje era negro con pequeños ribetes claros sobre las rémiges y tectrices; estas últimas tenían además una raya transversal clara. Una coloración tan sombría no hacía pensar en la futura belleza de esa ave, pero poco a poco y a medida que se iba desarrollando, fueron apareciendo las plumitas rojas del pecho y del abdomen. Esta especie suele nidificar, como lo ha indicado Azara, en los tacurúes o nidos de termites, que están pegados a los troncos de los árboles y que llevan el nombre especial de «cupii».

Si hemos ponderado el hermoso plumaje de los Trogónidos, los que no son exclusivamente americanos, sino también habitan el Asia, y el Africa, no debemos dejar de mencionar a los enanos picaflores, familia que está sólo representada en el continente americano y que es considerada con razón como la que reúne el mayor número de especies de aves que llaman la atención por la belleza de su plumaje casi siempre con reflejos metálicos.

Respecto de los Troquílidos mencionaré aquí dos observaciones que he tenido ocasión de hacer. Una de éstas se refiere a la alimentación de algunas es-



Fig. 6. — Palomita (*Columbula picui*)
con su nido.

pecies, entre las cuales el picaflor común llamado *Chlorostilbon aureoventris*, el que es muy aficionado a la caza de las arañas y sabe cogerlas y sacarlas de las telas con magistral destreza. Parecería que en esta operación, su vuelo tan típico y consistente en un vibrante revoloteo, fuese especialmente favorable para esta caza, permitiendo al avecilla acercarse e introducir en la tela de la araña su largo y delgado pico sin temor de exponerse a ser enredada en sus hilos a veces tupidos y resistentes. No es, pues, en este caso, la araña la que caza el picaflor (como afirmaban los antiguos autores probablemente al referirse sólo a la araña del género *Mygale*), sino el picaflor, considerado por Buffon como únicamente amante del néctar de las flores, el que caza y se traga las pequeñas arañas.

Y cerca de la especial afición de estas avecillas para los insectos, he hecho también una observación que viene a comprobar una vez más que en las aves, predomina el sentido óptico sobre el del olfato, pues tuve ocasión de ver repetidas veces a un picaflor acercarse a un gran fleco blanco que como una flor de *Cereus* colgaba de una hamaca, en la misma actitud que se suele ver a estas

aves, cuando se acercan a las flores para buscar insectos. También se me ha ocurrido que en este caso el picaflor se acercó al fleco tal vez con intención de buscar algodón para su nido.

Finalmente agregaré algunas observaciones sobre la nidificación de las especies más comunes de Colúmbidos que habitan el Paraguay.

Estas aves prodigan en general mucho cuidado a su cría y esto está sin embargo en contradicción con el poco esmero que ciertas especies dedican a la construcción del nido, pues algunas de las palomas exóticas, depositan los huevos simplemente en el suelo sin mayor cuidado.

Hemos preparado para nuestro Museo los nidos de tres especies de nuestras palomas, en los cuales se puede notar el diferente grado de cuidado que dichas especies dedican a la nidificación.



Fig. 7. — Formicárido (*Thamnophilus radiatus*) con su nido.

Uno de los nidos pertenece a la especie *Leptoptila chloroauchenia* (fig. 4), la que empieza a nidificar en Febrero y prefiere generalmente el bosque tupido. Su nido está situado a unos tres metros de altura y es bastante grande y simétrico, siendo formado de palitos delgados, dispuestos perifericamente.

Otro de los nidos preparados, pertenece a la especie pequeña *Chaemepelia talpacoti* (fig. 5). Lo encontramos en un islote de un bañado y estaba situado a la altura de un metro y medio del suelo. Su construcción es ya menos simétrica que la del nido de la especie anterior, y como material se compone de hojas y tallos de gramíneas y otras pequeñas ramas delgadas.

El tercer nido, en fin, pertenece a la especie *Columbina picui* (fig. 6). Esta palomita no pone cuidado alguno en elegir el sitio para ubicar su nido, el que se halla a menudo muy expuesto a la vista y en una posición tan poco segura en las ramas, que apenas parece suficiente para poder resistir a un viento algo fuerte, y quedar en equilibrio con el peso y los movimientos de los pichones. El que hallamos estaba situado a un metro y medio de altura en un lugar abierto y en un bañado. Su construcción parecía sin embargo más esmerada que el

de la especie anterior, pues estaba fabricado con gajitos espinosos de *Seguiera*, con varias clases de delgadas raíces y sobre todo con plumas.

También se preparó un nido del Formicárido, *Thamnophilus radiatus* (fig. 7). Este nido se compone de pajitas y paja llamando la atención el abundante empleo de telas de arañas, usando de preferencia las fuertes bolsas que contienen los huevos del arácnido. Este nido que encontramos en Febrero estaba a unos tres metros de altura, sobre el margen de una isla boscosa.

Refiriéndome a los Cucúlidos, recordaré finalmente a unas especies muy comunes, vulgarmente e impropriamente llamadas urracas americanas y a otras que están tan vinculadas a las moradas del hombre que desde el Paraguay hasta México se les puede encontrar en todas partes de la campaña en donde haya un rancho. Dos especies de estos Cucúlidos que a menudo se pueden ver juntas son el pirincho (*Guira guira*) y el Anó, (*Crotophaga ani*). Estas aves



Fig. 8. — Nido del dendrocoláptido *Philydor rufus*.

limpian los alrededores de las casas y chacras de toda clase de inmundicias, viven en perfecta armonía y nidifican y crían juntas sus pichones.

Muy diferentes son las costumbres de otras especies de Cucúlidos del Paraguay, como *Piaya cayana macroura* y *Tapera naevia*. Este último es el llamado por los indígenas «chochí», refiriéndose a sus notas melancólicas cho-chí, con las que, según ellos, estas aves anuncian lluvia.

Respecto de sus costumbres, puedo agregar estos datos interesantes. Cierta día, con el Sr. Francisco Schade, encontramos cerca de la orilla de una laguna próxima al Río Paraguay, un nido, situado a unos dos metros de altura sobre un arbusto cuyas ramas colgaban encima del agua. El nido estaba asegurado a las ramas por los numerosos gajos del tallo del *Solanum pseudolycioides* que el ave arquitecto había elegido y aprovechado maravillosamente para construirlo. Era muy sólido, con espesas paredes, hechas con ramitas del espinillo (*Acacia cavonia*), que abunda en los bañados, y media 42 x 28 x 15 centímetros, y pertenecía al pequeño dendrocoláptido *Philydor rufus* (fig. 8).

El tamaño de esta ave contrasta singularmente con su grande y maciza casa y hasta parecía que el peso de cada una de las pajitas empleadas para su construcción fuese superior a las fuerzas de la débil avecilla.

Oculto en el fondo del nido encontramos un solo pichón, (fig. 9) (1); pero grande fué nuestro asombro cuando constatamos que en nada se parecía al dueño del nido el *Philydor rufus*. Su tamaño era mucho mayor de lo que le hubiera correspondido a un pichón de esta última ave y sus gestos y temperamento no eran los que se observan en la mansa prole de una pequeña avecilla. Al acercársele tomó una actitud agresiva, erizando las plumas, batiendo las alas y moviendo el cuello y la cabeza de un lado y otro tirando picotazos, mientras que su cuerpo tomaba las grotescas posturas que en casos

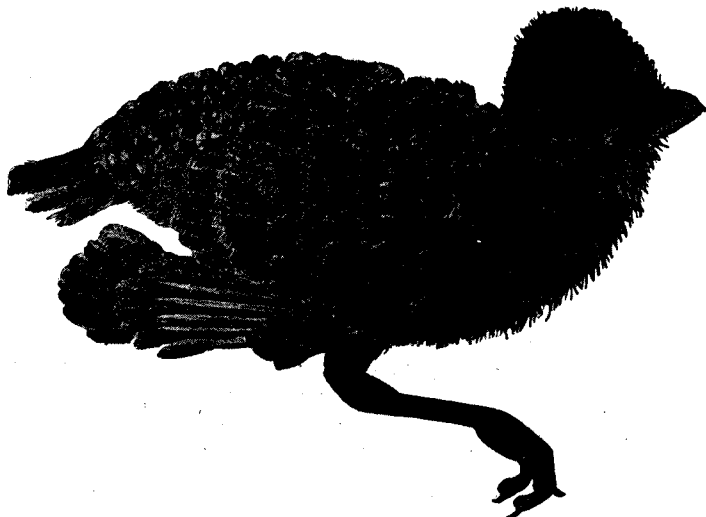


Fig. 9. — Pichón del cucúlido "Chochí" (*Tapera naevia*), encontrado en el nido del *Philydor* y criado por éste.

parecidos suelen asumir algunas especies de lechuzas. Tan extraño nos pareció este animalito tanto por su plumaje como por sus maneras que pensamos en el primer momento se trataba de alguna especie desconocida. Sacado del nido fué llevado a casa con objeto de criarlo, lo que pudimos conseguir y de este modo al poco tiempo llegamos a solucionar el enigma de su identidad. Se trataba pues de un hijuelo del «chochí» (*Tapera naevia*) el que había nacido y se había criado en ese nido ajeno en el que los padres habían depositado los huevos, siguiendo las costumbres parasitarias de los miembros de la familia de los Cucúlidos.

Durante las varias semanas que el pequeño chochí fué observado, nunca cambió su carácter, siempre se mostraba agresivo y rechazaba todo alimento que no le fuera introducido en la boca. Este consistía principalmente en langostas por las que parecía tener preferencia, y otros insectos, orugas, o chicharras que también encontramos en el estómago de su madrastra, la hembra del *Philydor rufus*.

Jardín Botánico, Trinidad, (Asunción), Marzo 1921.

(1) Los dibujos que acompañan este artículo fueron hechos por el Sr. Carlos Beckelmann, dibujante de este Instituto. (C. F.).